

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Sem.	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
NÚMERO DE EL MOTÍN	15 céntimos.

El Motín

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al pedido no acompaña su importe.
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO
25 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

MODELO DE CONSECUENCIA

Atajo de serviles sin decoro y sin dignidad, que injuriáis y calumniáis á quien se avergonzaría si alguien lo comparara con vosotros; trahilla de *bouldogs* amaestrados en echaros sobre la presa que vuestros amos os señalan; detractores de actos que no podéis comprender siquiera, porque son dignos y honrados y carecéis de sentido moral; turba de vocingleros y charlatanes, que ni habéis hecho nada contra la monarquía ni lo haréis, porque no servís ni para eso...

Si queréis aprender consecuencia (por más que para nada os serviría), leed (si es que sabéis) el artículo que va á continuación, y veréis que EL MOTÍN siempre ha pensado lo mismo que ahora, siempre ha hecho igual campaña, y no ha variado en nada sino en su opinión acerca del Sr. Ruiz Zorrilla. Creyó durante muchos años que podía y quería hacer la revolución, y le ayudó y lo defendió contra propios y extraños, como no ha sido nunca defendido, como no lo será ya. El día que se convenció de lo contrario, se le puso enfrente, mas con valor y con nobleza.

Pero leed ese artículo, que os haría sonrojar por haberme atacado, si en las almas ruines pudiera albergarse el sonrojo:

«LA COALICIÓN»

Realicémosla los de abajo, si los de arriba se oponen á ella, y á luchar con decisión y brío.

Indisciplinémonos contra los jefes, que la combatan ó no la acepten, y adelante con los faroles; digo, sin los faroles; sin los hombres esos.

Los intereses del partido están sobre los de las fracciones y las personas, y ya es tiempo de que se lo hagamos comprender así á tanto hombre eminente como nos ha salido para desgracia nuestra.

Les dimos una República... ¿quién murmura por ahí? se la dimos, sí, señor. El político más importante para nada sirve si no tiene un partido detrás.

Se la dimos, y en once meses la gastaron, la desacreditaron y la perdieron, lo cual demuestra las muchas dotes negativas que poseen para llevar la batuta.

Desde entonces acá no han hecho otra cosa que injuriarse y escarnecerse, teniendo todos razón, eso sí; y llevarnos de acá para allá como ovejas en feria; y nosotros, disciplinados y buenos chicos, les hemos servido de comparsas.

Y de comparsas en la obra más vergonzosa que se ha representado desde hace mucho tiempo en política: en la de destrozarnos unos á otros dentro del partido.

¿Quién ha ganado lo que nosotros hemos perdido? La monarquía, á quien tenemos todos el deber de combatir sin tregua ni descanso.

Pues basta ya de disciplina, de prudencia y de miramientos. Coliguémonos, los de abajo con los de arriba que lo deseen, y prescindamos de los que quieren quedarse donde están y como están.

No sirvamos más de muralla á sus odios, á sus rencillas y á sus torpezas: un partido como el nuestro, fuerte, numeroso, viril y de esperanzas, no debe, no puede servir de juguete á dos ó tres individualidades.

Demasiado sabemos que la coalición no va á borrar de un soplo los linderos que esos hombres han tirado en nuestro campo, y que el día del triunfo surgirán diferencias y complicaciones.

Pero aparte de que el patriotismo y el instinto de conservación podrán aminorar entonces esos males, ¿no es preferible, cien veces preferible discutir con el amigo que apoyar al contrario? ¿Sacrificarse por la República que dar fuerza y vigor á la monarquía?

Coliguémonos, pues, con jefes ó sin jefes, y adelante.

Pues bien; ese artículo donde se tocan todos los puntos que se debaten hoy; donde se predica la santa indisciplina; donde está la frase *con los jefes ó sin los jefes*, que tanto se ha cacareado desde que á fines del año último la dijo Muro en Valladolid, sin haberse atrevido después á ponerla en práctica; ese artículo se publicó en el número correspondiente al 3 de Diciembre, de 1882, y prueba de una manera clara y concluyente que EL MOTÍN ha pensado siempre lo mismo.

Los serviles de entonces (que también los había, y quizás sean los mismos de ahora), decían, como hoy, que los jefes eran impecables, que nos llevarían pronto á la República, y que EL MOTÍN haría mejor en atacar á los monárquicos.

Y cuando las circunstancias lo exigieron, EL MOTÍN combatió á los monárquicos como todos recuerdan, como nadie los ha combatido desde la prensa; mientras los jefes y todos sus jaleadores se distinguieron por su templanza y su mesura. Pasó aquello y volvió á su tema, á su eterna manía, á la unión de los republicanos, único medio de llegar á lo que deseamos. Y así sigue y así seguirá, caiga quien caiga.

Diez años ha tardado la verdadera opinión republicana, la que no piensa con el cerebro de un hombre, en convencerse de las verdades que en ese artículo se decían. No ha de pasar un año sin que todos los republicanos que no esperen medrar y bullir el día que vengamos, meden la razón en la campaña que ahora sigo entre la gritería de los idólatras y los aspavientos de los inocentes.

JOSÉ NARENS.

PROPAGANDA FRUCTIFERA

Hemos recibido los siguientes telegramas:

Liria (8, 11 m.).

Llega el consecuente propagandista republicano Blasco Grajales acompañado del poeta Barrantes y los republicanos Llopis, Payá y otros. Numerosas comisiones de los pueblos y gran número de republicanos de todos partidos los reciben en la estación á los acordes de la Marsellesa; á las tres principiará *meeting* de unión republicana.—*Marqués.*

Liria (8, 6 t.).

Termina el gran *meeting*. Inmensa concurrencia. Orador Llopis elocuente discurso. Fustiga partidos monárquicos por sus desaciertos arruinan nación. Alienta republicanos á la unión, aunque la dificulten Castelar, Salmerón, Pi y Zorrilla, á quienes

censura, pues quieren la presidencia y no la República. Ataca á los clericales por su intolerancia y á la magistratura que se doblega á sus exigencias. Concluye dando un viva coalición, que es contestado con entusiasmo. Poeta Barrantes recita composiciones «A un obispo», «Después de la guerra», «El puñal» y «Un rey destronado». (Grandes aplausos.) Blasco Grajales importante discurso de una hora. Enarbola bandera unión republicana procedimiento revolucionario. Presenta los males y desdichas de la patria como cargo á la falta de abnegación partidos republicanos, que prefieren vivir desunidos á salvar los conflictos por un supremo esfuerzo. Dice que el momento de la acción es llegado y la necesidad aconseja la unión para el triunfo, debiendo principiaria el pueblo, ya que de los jefes no viene nada grande. Reivindica para el partido federal orgánico la gloria de haber hecho siempre sacrificios por la concordia, pues como vive sin jefes se ha acostumbrado á emanciparse de la idolatría personal. Examina los conflictos por que atraviesa España, imposible de resolverlos los monárquicos. Fustiga al clero, anatematiza á los jesuitas, sobre quienes hacerecaer la sospecha de excitar y dirigir á los dinamiteros á cometer los desmanes que reprochan todos los partidos. En elocuentes párrafos hace la apología de los beneficios que reportaría á España una república federal bien organizada, la que, sin atentar á la unidad nacional, evitaría la anarquía separatista. En medio de atronadores aplausos dice que ha finalizado la época de los discursos y de los oradores de relumbrón, para que comience la era de seriedad y de ejemplo con la conducta, no de vana palabrería, que tan perniciosa es para la causa republicana, y termina manifestando que los republicanos deben trabajar para que la historia, en su día, no diga que la restauración borbónica duró en España medio siglo por las divisiones de los partidos republicanos, no por su impotencia. Saluda á la concurrencia y anuncia que continuará en el uso de la palabra el domingo próximo en el pueblo de Benifayó, en donde tendrá lugar otro *meeting*.—*Marqués.*

Felicitemos á Blasco Grajales y á cuantos le acompañan y le secundan en la valiente campaña que ha emprendido con tanta independencia como amor á la República.

Si en todas las regiones hubiera quien le imitase, pronto el pueblo obligaría á los jefes á pactar la unión, ya que no por patriotismo, por temor á quedarse solos; pues ya hemos visto que por otros caminos no lo harán nunca.

Sigan Blasco y sus compañeros predicando por esa región de buenos republicanos lo mismo que en Liria, y prestarán un gran servicio á la causa que defendemos, ya obligando á los jefes á unirse, ya convirtiendo en hombres libres á los parias de la República.

LAS CESANTIAS DE MINISTRO

Copiamos de *El Nuevo Combate*, periódico federal de Madrid:

«Es verdad que el ilustre jefe del partido republicano federal de Galicia, ex ministro de Fomento de la República, es uno de los que cobran la cesantía de ministro, pero nuestro colega, ya que sabe que la cobra, debiera saber que la invierte (y algo más) en el sostenimiento de un Asilo de niños de ambos sexos, pobres, en el cual se

les educa, se les viste y mantiene desde que el Sr. Costales dejó de ser ministro, sin contar la asistencia médica que el mismo Sr. Costales presta anualmente.

Ya ve nuestro apreciable colega EL MOTIN que si cobra la cesantía D. Ramón Pérez Costales (y en esto tiene mucha razón el colega), también se la gasta, y algo más, en la caritativa obra que dejamos mencionada.

Mucho nos alegraríamos que todos los ex ministros de la República la cobraran, para que hicieran lo propio que el jefe de los federales gallegos. De todas las maneras, convendrá mejor que el pobre se lucre de algo.

Vea, pues, el colega en qué gasta la cesantía de ministro el Sr. Costales, y por más de que sea cierto que la cobra, también lo es que infinidad de familias pobres viven en aquella región altamente agradecidas á dicho ex ministro.

Hemos procurado enterarnos de lo que el colega dice, y se nos ha afirmado:

Que efectivamente ocurrió eso al principio de cobrar la cesantía el Sr. Costales, pero que ya hace algún tiempo que no ocurre, cosa que no censuramos, porque cada cual hace de lo suyo lo que le acomoda.

Pero la cuestión no es esa, sino ésta:

¿Se abolió ó no se abolió la cesantía de los ministros el 73?

¿Votaron contra ella los republicanos, entre ellos el Sr. Costales, ó no votaron?

Si se pagaron después porque un simple decreto abolió la ley, ¿dónde está el derecho á cobrarla?

Los republicanos que votaron contra ella, y la perciben, ¿en qué se diferencian de los monárquicos?

Si elogiamos á los Sres. Salmerón y Pi porque no la cobran, ¿qué debemos decir de los que no hacen lo mismo?

El que cada cual aplique el importe á esto ó aquello, no absuelve de la falta, ni de la inconsecuencia, ni de la ilegalidad. Por esta teoría, sería meritorio apoderarse de lo ajeno con tal de que fuese para hacer obras de caridad.

Convénzase el apreciable colega. Lo que hace el Sr. Costales y los que le imitan es indefendible ante el derecho, la justicia y la consecuencia.

Cometer una ilegalidad porque haya muchos que la cometen, no absuelve ante la propia conciencia, ni ante el país, que es, en suma, quien paga esa y todas cuantas ilegalidades se cometen.

Y, en último caso, puede el colega contarle todo eso al Sr. Pi, que es quien ha arrojado ese puñado de honra sobre los ex ministros de su partido que cobran cesantía.

LA OPINIÓN REPUBLICANA

La Avanzada, importante periódico federalista de Barcelona, dice:

«Es un error muy craso suponer que la robustez de los partidos sólo se alcanza merced á la sumisión incondicional á las jefaturas impuestas ó reconocidas.

Es posible esa sumisión en los bandos revalidados en el troquel absolutista. En ellos sólo entran y únicamente caben los que suspiran por un rey absoluto, subordinándole torpemente la opinión, el criterio, la autonomía de la voluntad y de la inteligencia, lo que les constituye hombres dignos y libres.

No es en modo alguno posible que se busque aquella sumisión en los partidos democráticos. Por ser tales no se ha de organizarlos menoscabando, sino por la consagración y el enaltecimiento de la libertad y la dignidad de sus individuos.

Debemos los demócratas conducirnos democráticamente en todas ocasiones. De otra suerte, sobre ponernos en ridículo, nos incapacitamos para la misión que nos atañe. Porque es la mejor lección el ejemplo, y porque la concordancia de las palabras con las obras esclarece y honra.

Da una mísera idea de sí mismo quien preconiza la constitución reaccionaria de una colectividad con ideales democráticos. Pretender llevar á los pueblos á las conquistas de libertades y empujar arrebatándose las, es un contrasentido, una burla, un escarnio.

Que eso es descabellado cabe difícilmente dudarlo. Y, sin embargo, eso se predica.

Evitemos los federales caer en tamañas inconsecuencias, en tan funesto error. No nos espante la democracia dentro del partido, antes busquemosla. Reunámonos frecuentemente en asamblea, y concretando fraternalmente nuestras aspiraciones, busquemos con afán, no la sumisión que degrada, sino la concordia resultante de la adhesión á las ideas y la guerra al enemigo.

Es preciso persuadirse de que ser demócratas en la vida del partido es la mejor fianza que podemos dar al pueblo de que lo seremos también en el gobierno. Si hoy no lo fuésemos, ¿quién acertaría á oírnos y creernos cuando dijésemos que veníamos á establecer y asegurar el ejercicio de todas las libertades?

Nuestra propaganda, si la hacemos con el ejemplo, será eficaz, preclara, fructífera. Si al ciudadano á quien exhortamos á seguirnos le brindamos libertad, democracia, respeto á sus opiniones y á sus votos, consideración, aprecio, se sentirá seducido por nuestra conducta tanto como por nuestros ideales, y nos prestará su concurso. ¿Vendría si le quitásemos la libertad, le reprimiésemos en su criterio y le humillásemos en su espíritu?

Consiste la fuerza de los partidos en la libertad, no en

la servidumbre de sus hombres. Nunca fueron héroes los soldados mercenarios. Nunca fecundaron la tierra los esclavos ni los siervos. En cambio, ha sido un baluarte de su patria el soldado que la ha defendido por su voluntad, y ha alcanzado prodigiosa fecundidad el trabajo del hombre libre.

«Robustos solamente lo son los bandos que tienen razón de ser. Se los enerva y mata dándoles una disciplina análoga á la de los ejércitos; se los vigoriza y alienta llevándoles al combate, explayando contra el adversario sus energías y actividades, haciéndoles árbitros de sus destinos.

No lo duden nuestros correligionarios: el vigor del partido sólo es posible mediante la predicación con el ejemplo.»

Las amargas y veladas quejas de *La Avanzada* dicen claramente cómo anda el federalismo piísta en Cataluña y cuán grande es la perturbación que ha introducido en él ese orador de melodrama llamado Vallés.

Por si parece poco lo que indica, ahí va eso otro, que es ya un poquito más claro:

«El penúltimo número del libelo que se publica en Sans, y de cuya campaña de escándalo y difamación en contra de nuestros correligionarios los federales de la nombrada población nadie en el partido está ignorante, publica una serie de ataques á cual más violentos en ofensa de nuestros amigos los redactores y colaboradores de *El Autonomista*.

Llama poderosamente la atención que ese órgano sea tan agresivo é insultante perteneciendo al grupo del partido federal catalán que monopoliza y explota la careada concordia.

Mirando al fondo, no las engañosas apariencias, eso no es extraño. En nuestra comunión ha tiempo que tienen la miel en los labios los que llevan la hiel en el alma.

Los perturbadores, los que labran la división y la desgracia, son los que blasonan de buena voluntad y excelente disposición al compañerismo, á imagen y semejanza de ciertas infelices mujeres que siempre toman en boca la pureza de cuerpo que perdieron.

Tampoco es extraño que se proteja decididamente á los difamadores. Se les paga sus servicios, como propios de gente vil dotados de retribución más alta: hombres leales y austeros no los prestan, y hay que acudir á quien los ofrece, sea las que fueren sus dotes personales.

En nuestro partido están sucediendo cosas de todo punto desagradables. El caciquismo lo esclaviza, el personalismo lo envenena y mata.»

Este lenguaje enérgico y expresivo, empleado por hombres de historia limpia y leales á toda prueba dentro del federalismo; esta noble franqueza al declarar que el caciquismo esclaviza al partido federal y el personalismo lo envenena y lo mata, vale por cuanto yo haya dicho contra el Sr. Pi que lo consiente y el Vallés que lo ejecuta.

¿Y se ha atrevido este orador aparatoso y ridículo, *causa única* de la división del federalismo en Cataluña, á tomar en boca á EL MOTIN, porque cara á cara, y no solapadamente como él; no ganando nada y sí perdiendo mucho; no por servir al jesuitismo, sino por servir á la patria, se ha puesto enfrente de todos los que ejecutan ó apadrinan esas arteras y miserables maniobras!

Le aseguro, como á toda la jauría de imbéciles que aulla contra mí, que en esta lucha han de ponerse en claro muchas cosas y han de quedar los republicanos divididos en hombres serios y en farfantes, en leales y en traidores, en revolucionarios y en jesuitas; que son ya muchos diecisiete años de charlatanismo y de pequeñeces.

La Unión Republicana, de Pontevedra, publica el artículo de que copiamos los párrafos siguientes:

«Sabemos de antiguo, y muy claramente en estos momentos, que la República no ha triunfado, y si triunfa no se consolidará, porque la verdad democrática es una antorcha apagada en manos de algunas eminencias de las fracciones del partido, y porque no quieren tomarse el trabajo de encenderla aquellos que caminan siempre detrás del que ha conseguido ponerse delante agrandando su personalidad con la abdicación de la ajena.

Tiranía del talento ó de la arrogancia, irreflexivo abandono ó disciplina de proselitismo, y miasmas deletéreos entre alardes de vitalidad, son en estos momentos los caracteres del partido republicano.

¿Y por qué todo este embolismo?—Porque el espíritu de Satán se ha apoderado del cerebro de cuatro bandos, los cuales, atentos á lo suyo con olvido de lo de todos, han forjado unos cuantos programas con palabras dulces y promesas sin cuento, y para encirnos al carro de sus ambiciones, se empeñan en fantasear autonomías, en diferenciar lo que es esencialmente uno, y en enmarañar lo que es á todas luces sencillo.

Por eso no nos entendemos, por eso no se hace la República y por eso toda una nación gime en la mayor de las desventuras. Y no es esto lo peor; sino que el mal no tiene remedio, porque cada uno sostiene lo que á su juicio es inmejorable.

Tomad el manifiesto de Londres del Sr. Zorrilla, inmenso como su honradez y su patriotismo. Estudiadlo de arriba abajo y luego de abajo arriba. No os detengáis, si no es para aplaudirla, en su gran tesis revolucionaria. Descartad sus generosos ofrecimientos y aquellos párra-

fos en que con frase persuasiva os hace esperar días de bienandanza casi paradisiaca. Reducido á lo puramente doctrinal, á las primeras materias para el procedimiento constitutivo de la República, y hallaréis el vacío de las generalidades, las tinieblas de lo incorpóreo, y una sola afirmación utilizable, hecha por todos los liberales desde las Cortes de Cádiz, la soberanía nacional, que separada de la personalidad del Sr. Zorrilla que garantiza su concreción en la práctica, lo mismo nos puede llevar á la democracia que al despotismo más desenfrenado.

Tomad el programa del Sr. Salmerón, lacónico como un silogismo y contundente como una maza. Repasad sus trece bases sin preocuparos de lo aciago del número. Comparadlo con el del Sr. Zorrilla, y hallaréis que es su facsímil, un extracto de sus declaraciones, una severa reducción de sus mismas vaguedades. La nota guerrera se deja escuchar como débil susurro de un céfiro blando. Todo es en él sobriedad y concentración; terminantes sus aspiraciones y de alto vuelo sus intentos; pero el principio constructivo no está sino indicado. Las líneas generales se pierden en aquella hábil condensación de lo abstracto, la luz de la verdad se esconde en un fanal de arcilla hecho con primoroso arte, la democracia no pasa de un esbozo y la estatua de la República no se ve modelada. Es el espíritu de Satán que relampaguea en noche tenebrosa para seducirnos con la gigantesca personalidad de un hijo de la ciencia.

Tomad ahora al Sr. Pi; su doctrina, queremos decir. En ninguna parte la hallaréis reducida á sistema. Des-parramada en libros, periódicos y discursos de propaganda, no es tarea fácil el someterla á examen y reducirla á una síntesis luminosa. Su carácter es la dislocación llevada al desvanecimiento.

Necesitado el Sr. Pi de fisonomía propia para dar base á la jefatura de una fracción republicana, hace pedazos el ideal común á zorrillistas y salmeronianos; clava la piqueta demoledora en todo lo existente, y sobre este montón de ruinas y escombros levanta la gallarda figura de la libertad. Se acerca la redención; la luz se va á hacer. ¡Qué desengaño! Víctima de una concepción atrevida, pero falta de encadenamiento lógico; empeñado en dar realidad á la célebre quimera de Horacio, amontona autonomías sobre autonomías, pactos sobre pactos; y cuando va á dar cima á su empresa de Titán, la obra resulta tiránica en fuerza de ser autónoma, y torna á las ruinas.

Adopta un principio falso, anacrónico, inaplicable á las nacionalidades constituidas; confunde la libertad, que es atributo del querer, con la igualdad, que es condición del obrar; y careciendo el edificio de cohesión democrática, cien veces que lo levante otras tantas se desmorona. No era otro el suplicio de Tántalo, ni otro el resultado de la labor de Sísifo. Convencido ya de que persigue un imposible, su última palabra es el programa común para derribar la monarquía y constituir la República. Nunca es tarde, si la dicha es buena.

No hablemos del Sr. Castelar. Su doctrina se halla en la historia de su vida política y ofrece en cierta manera la antítesis del sistema del Sr. Pi. La madre patria es su eterno ideal; pero tan absolutamente abstracto, que se pierde en la sublimidad de lo infinitamente grande; el Sr. Pi, por el contrario, es el nuevo Atlante que lleva sobre sus hombros un mundo de grandezas infinitamente pequeñas. El Sr. Castelar sacrifica á la unidad de la patria las variedades que la contradicen; el Sr. Pi sacrifica á la unidad de la región, á la unidad de la provincia y á la unidad del municipio esa otra unidad llamada España, que considera un ente de razón, un sér fantástico, una necesidad de puro convencionalismo.

Y entre los sacrificios de unos, las generalidades de otros, la apatía de muchos y la intransigencia de todos, el país nos contempla estupefacto en el choque de encontradas aspiraciones, y la República camina á la ventura por los espacios imaginarios.

¡Dios de justicia! que el ángel de tinieblas vuelva al cielo y sufra él solo el castigo de su soberbia.

Envíanos un troquel, un simple molde, cualquier cosa forjada en los talleres del buen sentido y del generoso desinterés, con la cual podamos reducir á la práctica el ardor bélico de Zorrilla, las bellezas teóricas de Salmerón, las autonomías escalonadas de Pi, y el platónico, legendario é infecundo patriotismo de Castelar.»

No encontrando ya en la tierra poder bastante que obligue á los jefes á unirse, *La Unión Republicana* acude al cielo, y se lo pide al Dios de la justicia.

Hasta ahora se había dicho que para Dios no había nada imposible. Es probable que de hoy en adelante se añada: «Únicamente el hacer que se unan los jefes republicanos españoles.»

El Francoll, periódico federal de Tarragona, escribe un artículo titulado *Luz, luz, mucha luz*, del que copiamos lo siguiente:

«Con las palabras que nos sirven de epígrafe terminaba uno de sus párrafos el autor de un artículo que leímos hace algún tiempo en un periódico titulado federal, al tratar de difundir sus extraviadas ideas y su pretendido federalismo.

El artículo en cuestión estaba escrito en estilo jesuítico y todo él rebosaba hipocresía; cosas ambas que repudia nuestro credo democrático republicano federal, que se encierra en estas sencillas y humanitarias palabras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, y que en la vida pública solo pueden pregonarse teniendo en cuenta estas otras: SERIEDAD, LEALTAD, SINCERIDAD.

Pero no faltó quien volviese por los fueros de un partido que no se aviene á que le tomen por pantalla, y á

los pocos días vimos que otro periódico le contestaba en la siguiente forma:

Expone á continuación el programa del partido, y al terminar añade:

«Y, expuesto ya brevemente nuestro programa republicano federal, vamos á explicar á quiénes entendemos por TRAIADORES de nuestra doctrina, y dispensen los ofendidos si no les honramos con el epíteto de apóstatas, pues éstos tienen el valor de afiliarse á un partido afín ó adversario del en que militaban, y los TRAIADORES, que en nuestro partido, por desgracia, abundan, continúan figurando en sus filas para mejor fundir el artero puñal.

Consideramos traidores á los que, á los cuatro días de su ingreso en el partido federal, únense á los que creen más fuertes; á los que, llevados de la hipocresía, faltan á su palabra honrada para dimitir un cargo honorífico, y que después, sin motivo ni razón alguna que les induzca á modificar su opinión y sin que varíen las cosas de como estaban cuando se inició una *disidencia*, véndense á sus antagonistas y escalan una vicepresidencia, aspirando luego bajo mano, por traición, perfidia y jesuiticamente, á cargos en la región, ocultando protestas que no se unen á ciertas actas, y al ver la derrota, pretenden que su admisión sea válida, atribuyendo mala fe á los que no les hubiesen votado, por más que éstos se presenten á cara descubierta y no lleven, como ellos, miel en los labios y acibar en el corazón.

Son traidores, asimismo, los que, como los anteriores, fomentan una *disidencia*, creyéndola fuerte y que puede servirles para escalar puestos municipales; que luego reniegan de sus amigos de un día y les denostan con epítetos más jesuiticos que mortificantes, y que, una vez obtenida la ansiada plaza, hacen traición á sus electores, votando en el secreto de la urna, y en la confianza de que no podrá comprobarse, á un teniente alcalde conservador, como en los primeros tiempos de la República confeccionaron y votaron una candidatura monárquica. Son traidores, porque desconocen la autoridad del partido y desobedecen la voz de sus comités, á los que sólo atienden para su miedo personal y el de sus amigos particulares; que no creen en el dogma del partido en lo que atañe á religiones, haciendo antesala en las casas de jesuitas; se anticipan á los deseos de un alcalde conservador, á quien dirigen siempre votos de confianza; acompañan y dirigen saludos á retrógrados gobernadores, á quienes se ofrecen y repudian luego cuando no se prestan á sus canalladas higienistas. Y rayan, además, en lo ridículo, cuando dicen que las procesiones de Corpus resultan lucidas porque una capital les designó para un cargo municipal, y cuando van en comisión á otra capital para alcanzar la destitución de un gobernador, actuando de lacayos de un alcalde.

Estos tienen siempre una palabra dulce y el puñal emponzoñado; por algo son jesuitas.

Son también traidores á nuestra causa y á nuestro partido los que, militando en un partido afín y rechazados para cargos públicos en antevotación, se valen de un *primo* para lograr solapadamente que el nuestro los admita y les encumbre á un puesto oficial; que procuran llevar nuestros centros á su casa, para hacer su negocio y mangonear á su gusto. Y son traidores, repetimos, porque, pretextando una religión y unos sentimientos que nunca han sentido, votan en favor de procesiones y otros actos de la religión católica, cuya primera y más esencial de las virtudes es la caridad, que olvidan cuando hay que ejercitarla en favor de los pobres enfermos en los hospitales.

Tradición es en nuestro pueblo celebrar procesiones, pero también es tradición ceder un palco en beneficio de los pobres, y no utilizarlo sin pagar en provecho de extrañas familias.

Y tanta gitanería y tanto jesuitismo no caben en nuestro partido; podrán los hipócritas vivir más ó menos tiempo en el pedestal, engañando con sus garrulerías á nuestros buenos y sencillos correligionarios, pero la farsa resaltará al fin y entonces se hará LUZ, LUZ, MUCHA LUZ.»

No entro ni salgo en estas cuestiones de familia, pero conviene á mi propósito hacer notar que en el partido piñista, por confesión de los mismos piñistas, hay muchos jesuitas, traidores, hipócritas, que se venden á los enemigos, que son pérfidos, que llevan miel en los labios y acibar en el corazón, que votan á los monárquicos, que hacen antesala en las casas de los jesuitas, con todo lo demás que en el artículo precedente habrá visto el curioso lector.

Por lo que se ve, esto del jesuitismo es moneda corriente, no entre las masas del partido piñista, sino entre los que en él mangonean y lo dirigen y lo enervan. Vamos, que se dan Vallés y Ribot.

Que conste, y adelante.

En un notable artículo titulado *Los Fulanistas*, dice *El Grito del Pueblo*, periódico pactista de Gijón:

«Es triste que un partido tan lleno de vida como el republicano muera víctima de los interesados actos de unos cuantos idólatras.

Comprendemos que haya *fulanistas*, es decir, partidarios incondicionales de una persona, allí donde, como en el campo monárquico, esa persona simboliza algo superior á los dogmas de los partidos, algo que se cree de un origen superior á lo humano y de una autoridad respetada por la tradición.

Lo que no podemos comprender, porque no cabe en cabeza medianamente organizada, es que en los partidos populares se trate de imitar lo que es lógico suceda en los partidos realistas, haciendo de ciertos nombres,

muy respetables á no dudarlo, condición esencial para la vida de dichas agrupaciones: no entendemos que pueda ser buen demócrata ninguno que decline en nadie el derecho á pensar y la parte de soberanía que le corresponda; nadie que juzgue á los llamados jefes como entes de naturaleza distinta y superior á los demás republicanos; nadie que juzgue que los partidos democráticos puedan formarse ó deshacerse, unirse ó desunirse con otros por la sola voluntad de hombres que podrán ser muy buenos, muy sabios, muy desinteresados ó muy justos, pero, que, como todos los demás hombres, están expuestos á equivocarse, con perjuicio de los intereses, porvenir y hasta de la honra de las fracciones ó partidos que incondicionalmente les siguen.

No; los que por sus merecimientos pasados llegaron á ser aclamados como jefes, deben ser arrojados de sus pedestales (ya que ellos no tienen la delicadeza de descender por su voluntad), desde el momento mismo en que, imaginándose señores absolutos de sus partidos, pretenden que éstos les sigan en todas sus torpezas ó locos devaneos. El pueblo republicano viene manifestándolo hace muchos años: quiere vivir unido para mejor prevenir las contingencias de lo por venir; quiere que la señal de la lucha no le sorprenda desorganizado; y en tanto los señores Zorrilla, Pi y Salmerón, sin hacer la guerra á las aspiraciones del pueblo, ponen traidoramente de su parte cuanto pueden para evitar el logro de tan patrióticos deseos, retardando con ello, ya que no imposibilitando, el cada día más necesario triunfo de la República.

Para ser federal ó unitario no se precisa, ni mucho menos, ser piñista ó zorrillista; en cambio se puede ser muy piñista ó muy zorrillista sin tener ni conciencia de lo que es la República federal ó unitaria.

Los jefes viven separados de los partidos por las camarillas que á modo de inseparable atmósfera les rodean. Compuestas esas camarillas de perpetuos pretendientes á ministerios, subsecretarías, direcciones, etc., ni consienten que ningún correligionario pueda acercarse á hablar claro al llamado jefe, ni dejan por un momento de trabajar en contra de la concordia republicana. Y es lógico que así suceda. ¡Si algún correligionario intima con el jefe, puede sobreponerse á ellos el día del triunfo! ¡Si el jefe se une á otros jefes, el botín del presupuesto habrá que compartirlo con las camarillas de los demás jefes! Y Zorrilla, Salmerón, Pi y algunos otros santones viven así vida política ficticia, aislados de las masas y respirando la viciada atmósfera de la adulación, con perjuicio de sus prestigios y halagados sólo por tener lucido cortejo de *fulanistas*, sin tener en cuenta el origen de la autoridad que pretenden ejercer.

Se precisa, pues, que si los jefes son verdaderos republicanos tengan energía suficiente para dejar las camarillas y buscar á los partidos; y que éstos, arrojando la bochornosa librea del *fulanismo* que los deshonra y desprestigia políticamente, busquen en las ideas lo que es imposible encontrar en hombres tan caducos ó gastados como los llamados jefes, ó tan *previsores* como los que les adulan y rodean.

Ni Pi, ni Salmerón, ni Zorrilla son tanto que no pueda haber República sin ellos; ni la camarilla de Salmerón, ni la de Pi, ni la de Zorrilla son necesarias para la lucha ni para el triunfo: la revolución se hace con revolucionarios, no con gentes que huyen del peligro, ó que, cuando menos, no dan la cara en éste. Los jefes y sus aduladores se han servido del pueblo cuando le han necesitado para que vierta su sangre y los encumbre, á reserva de despreñarle después, cual hacen los realistas; tenga hoy el pueblo valor suficiente para arrojar al olvido, por inútiles, á esos jefes y á esas camarillas que imposibilitan la unión revolucionaria.

Dejemos de ser *fulanistas*: seamos republicanos.»

Había comenzado un artículo tocando ese punto, pero lo toca tan bien *El Grito del Pueblo*, que lo dejaré para más adelante, si conviene volver sobre el mismo tema.

Sí, tiene razón; los *fulanistas* son los culpables de cuanto ocurre.

El día que todos nos llamemos republicanos, y no *piñistas*, *salmeronianos* ó *zorrillistas*, empezaremos á estar en condiciones de hacer algo en bien de la patria.

El mismo *Grito del Pueblo* se felicita como republicano del triunfo del Sr. Salmerón, pero añade:

«Mas si estamos en el caso de felicitarnos por el triunfo del Sr. Salmerón, no por eso nos duelen menos las palabras que á éste se atribuyen. Eso de que «debemos apurar los medios pacíficos antes de ir á la revolución» será muy simpático para los monárquicos y muy grato para los conservadores, pero en los oídos republicanos, cansados ya de oír esa clase de predicaciones, produce un péximo efecto. Esperamos aún que el diputado por Gracia, aleccionado por la experiencia, rectificará esa inoportuna actitud de espera: mas si otra cosa hiciera, también esperamos que cuantos amen de veras la República le abandonen á su filosofía, para ir á algo más práctico que á hacer alardes de conservador y de hombre decadente.

El movimiento de concentración de las fuerzas republicanas se acentúa cada vez más, á despecho de jefes y sub-jefes, que entendiendo la disciplina de un modo inverso á como realmente debe entenderse en los partidos democráticos, queman sus últimos cartuchos en defensa de sus ambiciones, intransigencias y torpezas. En el momento en que la inmensa mayoría de los republicanos, que ya no quiere seguir á los pretendidos jefes en sus locos devaneos, se organice en forma, no habrá seguramente en este país nada que sea bastante á impedir el restablecimiento de la República. De los republicanos mismos depende el pronto triunfo. Si se unen, con ó sin je-

fes (que esto es muy secundario), la victoria será suya; si persisten en considerar á los que desde sus nominales jefaturas se ríen de ellos, jamás triunfará la República.

Y la elección entendemos no debe ser dudosa.»

Esta es la verdadera línea de conducta. Seguir otra sería anularnos por completo y merecer los jefes que tenemos.

La Coalición, de Badajoz, en un artículo titulado *¿Candidez?* dice:

«Que la unión de todos los republicanos para restaurar la República se abre paso, aceptándola ya hoy los mismos jefes de fracción que, poco hace, la habían rechazado por absurda y hasta la habían proscrito como bochornosa, juzgando deshonra el que tan siquiera se parase mientes en ella.»

Se burla donosamente de los que exageran la virtualidad y la eficacia de la lucha legal, y prosigue:

«No creo en la necesidad de la revolución, ha dicho en su discurso de Zaragoza el ha poco antiunionista D. Nicolás Salmerón; basta para traer la República la sinceridad electoral y la unión de los republicanos.

No participamos los progresistas de tan bienaventurados optimismos. Ni á soñar que nos echáramos podríamos imaginarnos que los monárquicos nos hubieran de abandonar el campo, sin reñir otra batalla que la electoral, á la sola intimación que se les hiciera presentándoles las credenciales de nuestros diputados.

Urge y es leal que tanto los partidos como los hombres más autorizados de la democracia republicana fijen su actitud con entereza y precisión, despojándola de toda vaguedad y de hipócritas artificios.

Es muy cómodo estar á todos los vientos, encender una vela al diablo y otra á San Miguel, y, por conveniencias particulares y determinados propósitos, defender hoy lo que condenábamos ayer; pero dadas las presentes circunstancias, es obligado y digno manifestar con claridad á lo que cada uno está dispuesto, sin sofismas ni distinguos, como cumple á los hombres de honor y de carácter. Conviene saber, pues, quiénes acometen con virilidad los riesgos de los procedimientos revolucionarios, y quiénes, más prácticos y *sensatos*, defienden de buena fe los medios gubernamentales.

Estimamos más perentoria la necesidad de conocer las posiciones de los hombres y de los partidos; porque desgraciadamente nos asaltan las dudas de que existen algunos que, llamándose republicanos, verían con disgusto, ó, por lo menos, no les preocupa el triunfo de la República; porque no falta asimismo quien vaya, como vulgarmente se dice, muy á su placer en el machito, realizando en la oposición cosa rara lo que difícilmente alcanzarán en el poder; en tanto que los buenos patriotas, los que han sacrificado su fortuna, su carrera y hasta la vida por redimir á este desdichado país de la ruina y el oprobio, se encuentran sometidos á la más espantosa miseria, llorando muchos huérfanos y algunas infelices viudas la muerte de seres queridos que consumieron su existencia en un inmundo presidio ó en la penosa emigración.»

Hacemos nuestras todas las palabras del colega, y repetimos lo que hemos dicho ya tantas veces: Unión, sí, pero para todo.

El Noticiero de Burgos, periódico republicano:

«No podemos comprender cómo ante las complicadísimas cuestiones suscitadas á cada momento, tanto en el orden político como en el social, las diferentes fracciones que constituyen el gran partido republicano español permanezcan cruzadas de brazos, sin dar un paso de avance, para confundirse en un mismo pensamiento y hallarse obedientes á una sola voluntad.

Las heridas de la patria se van haciendo cada vez más profundas, y es preciso, si aquellas han de cicatrizar, cesen las divergencias nacidas entre Pi, Zorrilla y Salmerón, y de esta manera puede asegurarse que nuestro triunfo será inmediato, y como consecuencia lógica de él, veremos que nuestra postración, cada vez más acentuada ante las miserias y descomposición de los monárquicos, vendrá á desaparecer, abriéndose nuevos horizontes de prosperidad en nuestro país y una era de paz, tan necesaria para el desarrollo y fomento de la riqueza pública.

El pueblo todos los días y á cada momento clama por tan ansiada concordia, y lo que el pueblo pide con fe patriótica y asiduidad tan plausible, forzoso es concedérselo, porque al fin y al cabo él es el único soberano, y por lo tanto dueño de obrar según las circunstancias lo aconsejen y de despreñarse de aquellos que sirvan de rémora constante al logro de sus justas y legítimas aspiraciones.

La República, ante todo y sobre todo.»

Esta nueva nota del patriotismo y del buen sentido dice claramente que poco á poco el pueblo republicano se emancipa de los que le han estafado durante diecisiete años.

La Unión Republicana, de Malaga:

«Si los jefes de los partidos republicanos creen que sus desacuerdos no pueden entibiar el entusiasmo de los que militan dentro de esos partidos, están en un error gravísimo.

El partido republicano tiene su fuerza en las clases obreras, que irritadas por el insultante orgullo de la burocracia y desalentadas por la inercia de los que dirigen los partidos republicanos se abrazan á la bandera del

socialismo, que avanza sordamente, terrible, amenazador, y llegará, como los grandes torrentes engrosados por los temporales, á desbordarse y destruir cuanto á su paso se oponga.

Si no varían de norma, si no levantan el grito revolucionario y los llaman á vindicar sus sagrados derechos, día llegará en que, del que fué numeroso ejército, sólo queden generales impotentes para conseguir con sus brillantes discusiones parlamentarias lo que sólo ha de conseguirse con el valioso é imprescindible concurso de las clases trabajadoras.

Esto debemos evitarlo á todo trance, al par que trabajar sin tregua ni descanso por la constitución de la República. Si ésta no llega á ser constituida pronta y definitivamente, si permanecemos en la actitud de incomprendible apatía en que nos encontramos, si todo lo miramos con frialdad é indiferencia, llegará á ser inevitable en nuestro país, no la ruina, que ésta ya lo es, sino la normalización de esa misma ruina.

No basta suspirar por la República, ni conduce á nada el blasonar de republicanos; es preciso demostrar que lo somos, es necesario sacrificarlo todo, con tal de conseguir el fin apetecido.

Otra nota del buen sentido de los republicanos, que será también desofda por los jefes.

El Progreso, de Vigo, dice:

«El Nuevo Régimen, hablando del recibimiento que ha tenido el Sr. Salmerón en Madrid, manifiesta que si hubo vivas de esta ó de la otra manera, el Sr. Pi «se limitó, como todos saben, á dar un viva al trabajo...»

La reticencia que el colega emplea en todo su artículo no satsiface, no puede satisfacer á los buenos republicanos.

El Sr. Salmerón ha dado un ¡viva! á la unión republicana, y la multitud, vi ndo el abrazo dado entre Pi y Salmerón, les encareció que así debían estar siempre.

¿Qué quiere la opinión decir con esto? El artículo del colega titulado *Llegada del Sr. Salmerón*, nos ha entristecido grandemente, porque en él vemos algo frío, algo que demuestra poco ó ningún entusiasmo por la coalición republicana.

El Nuevo Régimen debe tener entendido que primero es la patria que los hombres. Patria hay una; hombres muchos.

No vayamos á ser más papistas que el papa.»

Todos los que se entusiasmaron con el recibimiento que se hizo en Madrid al Sr. Salmerón, ya se irán convenciendo de que aquello solo fué, como dijimos, una comedia de gran espectáculo.

Para verdades el tiempo.

La Democracia, de Salamanca, hace notar la contradicción que existe entre la circular de la Junta directiva progresista y el Sr. Zorrilla, pues mientras ella manda conservar los comités de su partido, él aprobó la disolución del de aquella ciudad.

Después supone á los republicanos progresistas de toda España hartos sensatos para que dejen de contestar á la Junta directiva de su partido, imitando á los salmantinos, y añade:

«Se trata de obedecer, no de mandar. Si vosotros no queréis la unión, censurándoos acremente la haremos nosotros. Las condiciones, no os importan. Transigiremos en todo lo que nuestra conciencia lo permita.»

Luego dice «que la opinión vuelve á confiar en la unión de los llamados jefes y se decide á esperar quince ó veinte días, para emprender si no solo y con ahínco los trabajos de unión republicana.»

Compañero, tomo nota, para recordarle el plazo si se le olvida.

La Opinión Pública, de Cáceres:

«Ha causado general extrañeza y descontento entre muchos republicanos el que, figurando entre los que acudieron á esperar al Sr. Salmerón varios amigos del señor Ruiz Zorrilla, como los señores Muro, Marengo y otros, no se diera ni un solo viva al Sr. Zorrilla.

En cambio, añade, se dieron muchos vivas á la unión republicana, como si dijéramos, á lo imposible, pues no es el modo mejor de conseguir uniones establecer diferencias entre los prohombres republicanos, elevando á unos exageradamente y no dedicando ni un recuerdo á otros.»

Pasada la efervescencia del entusiasmo oficial republicano, ya empieza á verse claro en el asunto.

Realmente me va molestando ya un poco el tener siempre razón.

La Concordia, de Salamanca:

«Que, ante el estado del país, no es propio de partidos patriotas entretenerse en jugar á las aetas, porque la angustiosa crisis de la nación precisa otras determinaciones cuya eficacia no esté probada como lo está desgraciadamente la lucha en los comicios, que sólo ha servido para dividir al partido republicano enervándolo, porque todas sus energías las deja en los salones de conferencias de los Cuerpos Colegisladores y en las dependencias de las diputaciones provinciales y ayuntamientos.»

Queda contestado bien y cumplidamente el discurso pronunciado en Zaragoza por el Sr. Salmerón.

CUATRO LETRAS

A nuestros buenos amigos de Figueras: En los escritos del presente número *extraordinario* verán ustedes contestados los extremos á que se refieren en su nota.

Hay majaderías que no se rebaten, y menos los que, como nosotros, están dedicados á hacer algo práctico y provechoso para la República.

Medianillos son los jefes para el fin que perseguimos, pero son peores los que les rodean; calculen ustedes cómo serán los que defienden á los últimos. Por algo se ha dicho siempre que si hay algo peor que el verdugo es su ayudante.

Hay muchas gentes que emplean palabras gordas, porque no saben otras, para ocultar deficiencias morales ó intelectuales; aquí las empleamos también en ocasiones, mas es para reforzar los argumentos de la razón.

Existen muchas notabilidades de campanario que desean hacerse notar, y nos atacan para hacer méritos ante sus jefes y sus jefecillos, y poder mañana presentar ese servicio á falta de otros verdaderos, para que los hagan secretarios de gobiernos civiles ú oficiales primero, segundo ó tercero. Hay que dispensarlos; no sale de su cerebro lo que escriben, sino de su estómago. No son malos precisamente, sino tontos que quieren figurar.

Tengamos calma, que todos irán llevando su merecido. Cuando pase un poco de tiempo más, y el país acabe de arruinarse, el mismo pueblo barrerá á los amos y á los lacayos.

Cada día que pasa sin pactarse la unión, sin que los jefes se entiendan y sin que la revolución se haga, es un triunfo para EL MOTIN. Excusamos decir que deseáramos que estos triunfos acabaran pronto.

NUESTRO ALCALDE

La Crónica, periódico administrativo de gran competencia en asuntos municipales, dedica al desenfadado alcalde de Madrid las flores siguientes:

«El Sr. D. Alberto Bosch y Fustegueras es un alcalde arbitrista y de acción francamente expeditiva. Allá por los años de 1885, cuando subió por primera vez sobre el pedestal del municipio, reveló sus dotes con esa amplia confianza de sí mismo que tienen los de su tierra, dejando memoria recomendable de algunas genialidades económicas.»

Por ejemplo: aquella adquisición de las seis cubas neumáticas, sin formalidades de subasta, que costaron á la Villa 25.557 pesetas, con detalles preciosos en la minuta ó factura presentada por el industrial encargado de la compra, en cuya cuenta figuraba una partida de 200 pesetas por correspondencia y telegramas y otra de 580 pesetas por viajes é encargos.

Y la célebre Memoria mandada imprimir y encuadernar por el Sr. Bosch, no en la imprenta del municipio, sino en casa de un impresor particular? Esta Memoria fué aquella que se confeccionó para dar cuenta de las medidas adoptadas para contener la epidemia cólerica; precioso documento, que costó 11.480 pesetas, también con detalles maravillosos. Sólo la encuadernación de 40 ejemplares importó 510 pesetas, ó sean 51 reales cada ejemplar.

Y todo esto lo hizo el Sr. Bosch sin formalidad alguna y sin crédito á que cargar esos gastos, pues la dotación destinada á servicios sanitarios durante la epidemia no debía consumirse en láminas y Memorias, sino invertirse en los remedios profilácticos y terapéuticos.

Por aquella misma época ¡oh contraste!, el Sr. Bosch ponía á los concejales los pelos de punta pintando con negros colores los apuros económicos del ayuntamiento, por entonces privado de los ingresos de la recaudación de Consumos. Milagro fué que el alcalde no acometió á la sazón la obra de imprimir otra Memoria pidiendo la administración del impuesto, aun cuando en la petición se gastara la renta de un año, porque las Memorias del Sr. Bosch cuestan muy caras.

En esta segunda etapa municipal del presidente del Círculo romerista y académico de la Matritense, se ha excedido en sus propios alientos lemosinos y parece que ha empuñado el bastón de la alcaldía por contracciones de una catalepsia sobreaguda.

En cuanto llegó, vió y nombró sus lugartenientes de ronda á los señores hermanos Cívicos, resplandeciente aun la aureola ganada por estos profetas del fraude en sus campañas.

En pocas horas dispuso de los destinos que desempeñaban dignamente muchos funcionarios de acreditado celo y de honradez intachable, para colocar á los amigos del Círculo, *timbistas* y matuteros bastante conocidos.

Desde entonces, parece como que el Sr. Bosch ha venido á la alcaldía dispuesto á resucitar todos los puntos negros de la administración municipal, tratando de prohibir todas las pretensiones que ya fueron antes rechazadas como perniciosas para los intereses comunales.

No hace muchos días que la prensa extranjera comentaba con acres censuras las gestiones practicadas en el extranjero para contratar un empréstito, que es el muerto de más importancia á quien el Sr. Bosch quiere decirle: «Levántate y anda.» Pero es mucho Lázaro éste para los escolares del Círculo romerista.

Otro cadáver se ha galvanizado por la potencialidad

inductora de nuestro alcalde Sr. Bosch: *El mercado de hierro de la plaza de Lavapiés.*»

A estos apuntes para la historia alcaldesca del Sr. Bosch seguirán otros más sustanciosos é interesantes. No ha tenido el ayuntamiento de Madrid alcalde más perjudicial... ni de más prosopopeya, como dicen los chulos.

PALOS Y PEDRADAS

Nuestro querido amigo y compañero en la prensa don Emilio Saco y Brey ha abierto su bufete de abogado en la calle de Fuencarral, 62, entresuelo izquierda. No por eso dejará de colaborar en algunos periódicos y frecuentemente en EL MOTIN.

La República, periódico republicano de Figueras:

«Por nuestra parte, creemos que el Sr. Vallés y Ribot estaría muy en su derecho, siendo federal y todo, perteneciendo á la congregación de San Vicente de Paul, como D. Pablo Cívils, de Gerona, (que no há mucho era todavía jefe del partido federal de Gerona) siendo ferviente católico y no leyendo ninguna obra prohibida por la Iglesia sin la venia previa de la autoridad eclesiástica.»

¿Otro Tirteafuera tenemos, es decir, otro Vallés? ¿Conque ese Sr. Cívils, jefe federal, también se currela de jesuita?

Pues señor, la capa del pactismo está llena de casualidades... jesuíticas.

¡Demonio!... ¡demonio!... ¡demonio!...

BIBLIOGRAFÍA

Acaba de ponerse á la venta en todas las librerías, al precio de una peseta, el tercer cuaderno de la edición económica de la acreditada obra *Los guerrilleros de 1808* (historia popular de la guerra de la Independencia), por el distinguido escritor Sr. Rodríguez Solís, que comprende los guerrilleros de las provincias vasco-navarras (Bilbao, San Sebastián, Vitoria y Pamplona).

De este modo, dividiendo los guerrilleros en regiones, por una peseta, dos ó tres, si el número de guerrilleros que la región abarque es muy grande, podrán tener aquellos cuyos medios de fortuna no les permitan hacer grandes desembolsos, la historia de los héroes de sus provincias, así como la relación de los sucesos más notables ocurridos en ella durante nuestra gloriosa lucha por la Independencia. Felicitamos á nuestro buen amigo el Sr. Rodríguez Solís por la idea de popularizar su obra y le auguramos un grande éxito.

La sombra de Felipe II, por Ramón Ortega y Frías. Una peseta. A de San Martín. Puerta del Sol, 6.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Los suscriptores pagan por recibir EL MOTIN mayor cantidad que si lo compraran en la calle; y aun cuando esto, que ocurre en todos los periódicos, se explique por los mayores gastos que ocasionan el reparto en Madrid y el envío de números sueltos á provincias, queremos proporcionarles otras ventajas, que son las siguientes:

Los suscriptores que se entiendan directamente con esta administración, además del derecho á recibir gratis el Almanaque todos los años, tendrán éstos:

El de trimestre recibirá gratis, á elegir, cualquiera de los libros de A PESETA de nuestra Biblioteca.

El de semestre, cualquiera de los de DOS PESETAS, ó dos de UNA.

Y el de año, un valor en libros equivalente á CUATRO PESETAS.

Este derecho se concede desde 1.º del año actual á todos los que fueran ya suscriptores, ó que después lo hayan sido. Para utilizarlo es condición indispensable pagar por adelantado.

Cuando alguno desee adquirir un libro cuyo importe exceda del valor á que su suscripción le da derecho, debe enviar la cantidad que falte hasta el completo de su importe.

Pueden, pues, pedir los libros que gusten los señores suscriptores de los publicados en el núm. 6 del año actual, con arreglo al derecho que les da el tiempo por que se hallen suscriptos.

OTRA

Del retrato de Demófilo hay ejemplares en cartulina á PESETA. Los suscriptores de EL MOTIN los recibirán con el cuarenta por ciento de rebaja.

Además los hay también de los de los señores Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, marqués de Santa Marta, Villacampa, Figuerola, Carvajal, Cebrián y los sargentos fusilados en Santo Domingo de la Calzada, Azcarate, Ferrándiz, Vellés, Mangado, Pedregal, Muro, Orense, Labra, Vallés y Ribot, Guerrero, Cervera, Sixto Cámara, Moreno Barcia, Esquero, Prieto y Cautés, Pérez Costales y Chies.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.